

Olga de León / Carlos Alejandro

# Navidad en la niñez

Era la víspera de la Noche Buena en aquella ciudad emperatriz de lagos y ríos. Los niños que en ella han nacido crecen con la certeza de que la Navidad amanecerá con mucho frío y un paisaje blanquecino por donde se le vea, no solo las montañas más altas ni los picos de los pinos enormes que lucen majestuosos por doquier, estarán cubiertos de nieve, sino una gran extensión del paisaje: hasta donde la vista se desvanece... y aún más allá.

Memito dormía y soñaba plácidamente; en sus delirios de niño avispado y un tanto adelantado en entendimiento y emociones, soñaba que se despertaba, levantaba a su primito Matteo y, suponiendo a los papitos y abuelitos aún dormidos, bajaba las escaleras en calcetines, despacito, muy despacito, cuidando a su primo no solo por no hacer ruido, sino también de que no se fueran a caer.

Una vez abajo, abrió el cajón central del trinchador y sacó un libro de cuentos que le habían regalado sus abuelos cuando cumplió once años, y empezó a leer:

## “TRADICIONES EJEMPLARES”

Tenía ocho años -quizá solo siete- y un par de meses más. Era la víspera de la Navidad, en aquel pueblo (medio texano por la proximidad geográfica con los güeros; mexicana por suelo, cultura y habitantes).

Habían ido a nuestra casa una semana antes de la Noche Buena, para pedirle a mi madre que me diera permiso de participar en su pastorela. Las vecinas eran (por aquellos años a la mitad de los cincuenta) un par de hermanas que yo tenía por señoritas grandes -sin que lo fueran en realidad, pero sí para mi tierna edad-, aunque quizá no pasaban de veinte y tantos, aún distantes de los treinta.

-Amparito queremos que su niña venga a nuestra Hanuka-pastorela: mis padres la quieren mucho y nosotras también.

Mi madre era una devota cristiana: católica, apostólica y romana (¡ah!, pero mexicana) con profundo fervor, inculcado por su madre y las maestras del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús”; no obstante conjugaba su religiosidad con el sentimiento de la caridad que conservaría hasta el último día de su vida, y un humanismo -mezcla de laicismo y sentido de justicia social- que debió acendrase en ella después de casarse con mi padre.

Ese momento, que corre en cámara lenta en mi recuerdo, fue especial para mí (anticipo de lo que viviría después). Me sentí emocionada cuando mi madre les dijo: -Sí, la niña puede ir; pero recuerden que ella no conoce sus ritos y puede quedar mal...

-No se preocupe señora, en realidad es algo muy sencillo lo que la niña dirá y podrá aprenderse de memoria: es muy lista, pero además practicaremos todas las tardes antes de nuestra Festividad.

-Son algunos cánticos -explica Rebeca, la menor; y si le gusta a ella, también la incluiremos en la petición de posada...

-Sí -interviene nuevamente Ruth, la mayor-; en realidad guardamos un poco la tradición de Israel, pero con mucho del catolicismo... ya sabrá que mamá es medio católica, medio israelita, por el origen de sus padres y lo que sufrieron al venir para estas tierras, a las que agradecen todo: especialmente la hospitalidad de la gente mexicana.

Desde mi pequeña estatura, escuchaba el intercambio en sus pláticas y la emoción se fue transformando: tomó tintes entre esporádicos y frecuentes (a cada minuto de charla) de nerviosismo.

Fue entonces cuando mi mente infantil tradujo lo que escuchó en algo inquisitivo: ¿para qué me quieren en su fiesta: iré a su casa para ser el pavo, o seré un peregrino (¿me vestirán de niño!)? No, seguro seré el ángel junto al árbol, como cuando estaba en primer año, en el “Don Bosco”... ya sé, ellas me vieron caminar por la calle rumbo al colegio con mi vestidito blanco lleno de estrellas, la tiara de luces blancas y las alas de ángel en la espalda.

Sí eso es, Ruth y Rebeca lo saben: tengo todo para ser el ángel que anuncia la llegada de los Reyes Magos.

El día se llegó y, cuando me tocó participar, no pude repetir el diálogo que me había aprendido de memoria -perfectamente dicho un día anterior- ante el grupo de artistas: “-Venimos todos a Belén... venimos a...”

Esa noche y al día siguiente, mucha gente afuera de la casa pedía posada: tan solo un poco de pan y lo que hubiese quedado del pavo (no un techo para ellos ni para sus hijos, aunque carecían de los tales).

Adentro, la fiesta continuaba: representación ritual llena de humo de cigarrillos en casa de ricos; ni malos ni pecadores; pero tampoco víctimas de miserias. Fue una pieza que quiso mostrar amor por la historia, la Natividad y las culturas: una tradición ejemplar.

## “CIGARROS”

Cuando tenía doce años conseguí un tra-



bajo, o quizás: mi padre me consiguió un empleo. No era una actividad que requiriese mi inscripción en la nómina de alguna empresa, ni en el seguro social. Laboraba: un sábado sí, otro no. Me convertí en vendedor de cigarrillos en un estadio de fútbol durante ese verano de los años ochenta. Llevaba un delantal amarillo, no el rojo de los vendedores oficiales durante el partido, donde cargaba cuarenta cajetillas de cigarrillos Raleigh. Eso fue poco antes de que yo comenzara a fumar a los catorce en preparatoria, mucho antes de que lo dejara a los veintinueve en el doctorado.

Mientras recuerdo a mis amigos de San Fernando de ese verano, viene a mi memoria el calor húmedo junto a una alberca en la calle de Santa Anita, en una casa en cuya cochera entregábamos una moneda de cinco pesos para pasar a nadar. Nadie cuidaba a los pocos niños que ahí nos reuníamos al calor de las dos o tres de la tarde, pero quizás hacia las cinco, una de las señoras del lugar se asomaba; para entonces, la alberca ya se encontraba repleta.

De San Fernando acudíamos con regularidad tres o cuatro amigos, yo era el más chico, y Memo, el más grande, era como una garrocha que disfrutaba de arrebatarle la cachucha para luego lanzarla encima de un árbol. Entonces debía yo recuperarla, hacer-

la descender a pedradas y ya con ella en la mano, corría para alcanzar al grupo camino a la casa de la alberca.

El estadio de fútbol donde vendía cigarrillos se encontraba al sur de la ciudad, estaba siendo reconstruido, o más bien, remodelado con nuevas gradas: pasaría de una capacidad de diez a veinte mil espectadores, listo para albergar a los visitantes que llegarían meses más adelante a presenciar los partidos de la copa mundial de fútbol, México 86.

No recuerdo si fue antes o después de los cigarrillos que Cando y yo asistíamos a los juegos, pero definitivamente fue antes cuando mi padre me pedía que lo acompañara al estadio; no porque a él le interesase el espectáculo deportivo, sino más bien porque ahí se encontraba con un amigo y tomaban algunas cervezas: aquel era el encargado de administrar la venta de alcohol en la zona de “sol”. Mi amigo Memo nos acompañaba pocas veces a Cando y a mí, él respetaba

que si nuestro equipo favorito jugaba en el estadio al norte de la ciudad, entonces no había necesidad de asistir al del sur.

Mi padre solía tomar las cervezas con Santos en la bodega de donde salían botellas de vidrio llenas y regresaban cascos de vidrio vacíos. Los vendedores vertían el líquido en vasos de hielo seco cuando los espectadores compraban una. Quizás fue Santos quien le dio la idea a mi padre, y a mi padre le gustó. “Para que tengas dinero para la alberca”, me dijo a mí, y esa imagen: remojado diariamente durante el verano, me atrajo.

Mi padre compró dos paquetes de cigarrillos en una tienda cercana. Accedimos al estadio sin pagar boleto, como siempre, y luego Santos me encaminó por uno de los túneles hasta las gradas. “Mira, Lititos, te vas caminando por ahí, y te vas gritando cigarrillos”, y dio un grito exorbitante, que apenas se escuchó entre el griterío del pueblo que recibía al equipo del Monterrey, en medio de fuegos artificiales. Entonces el estadio se silenció y Santos me dejó solo. Yo apenas si podía caminar con dificultad, miraba al piso de cemento y con un grito que más bien debió escucharse como un murmullo, traté de pronunciar mi primer: “cigarrillos”, el cual nadie escuchó.



Más te vale que me leas...

## POEMA DE MANUEL ACUÑA

### Ante un cadáver

¡Y bien! aquí estás ya... sobre la plancha donde el gran horizonte de la ciencia la extensión de sus límites ensancha.

Aquí donde la rígida experiencia viene a dictar las leyes superiores a que está sometida la existencia.

Aquí donde derrama sus fulgores ese astro a cuya luz desaparece la distinción de esclavos y señores.

Aquí donde la fábula enmudece y la voz de los hechos se levanta y la superstición se desvanece.

Aquí donde la ciencia se adelanta a leer la solución de ese problema cuyo sólo enunciado nos espanta.

Ella que tiene la razón por lema y que en tus labios escuchar ansía la augusta voz de la verdad suprema.

Aquí está ya... tras de la lucha impía en que romper al cabo conseguiste la cárcel que al dolor te retenía.

La luz de tus pupilas ya no existe, tu máquina vital descansa inerte y a cumplir con su objeto se resiste.

¡Miseria y nada mas! dirán al verte los que creen que el imperio de la vida acaba donde empieza el de la muerte.

Y suponiendo tu misión cumplida se acercarán a ti, y en su mirada te mandarán la eterna despedida.

Pero, ¡no!... tu misión no está acabada, que ni es la nada el punto en que nacemos ni el punto en que morimos es la nada.

Círculo es la existencia, y mal hacemos cuando al querer medirla le asignamos la cuna y el sepulcro por extremos.

La madre es sólo el molde en que tomamos nuestra forma, la forma pasajera con que la ingrata vida atravesamos.

Pero ni es esa forma la primera que nuestro ser reviste, ni tampoco será su última forma cuando muera.

Tú sin aliento ya, dentro de poco volverás a la tierra y a su seno que es de la vida universal el foco.

Y allí, a la vida en apariencia ajeno, el poder de la lluvia y del verano fecundará de gérmenes tu cieno.

Y al ascender de la raíz al grano, irás del vergel a ser trigo en el laboratorio soberano;

Tal vez, para volver cambiado en trigo al triste hogar donde la triste esposa sin encontrar un pan sueña contigo.

En tanto que las grietas de tu fosa verán alzarse de su fondo abierto la larva convertida en mariposa;

Que en los ensayos de su vuelo incierto irá al lecho infeliz de tus amores a llevarle tus ósculos de muerto.

Y en medio de esos cambios interiores tu cráneo lleno de una nueva vida, en vez de pensamientos dará flores,

en cuyo cáliz brillará escondida la lágrima tal vez con que tu amada acompañó el adiós de tu partida.

La tumba es el final de la jornada, porque en la tumba es donde queda muerta la llama en nuestro espíritu encerrada.

Pero en esa mansión a cuya puerta se extingue nuestro aliento, hay otro aliento que de nuevo a la vida nos despierta.

Allí acaban la fuerza y el talento, allí acaban los goces y los males allí acaban la fe y el sentimiento.

Allí acaban los lazos terrenales, y mezclados el sabio y el idiota se hunden en la región de los iguales.

Pero allí donde el ánimo se agota y perece la máquina, allí mismo el ser que muere es otro ser que brota.

El poderoso y fecundante abismo del antiguo organismo se apodera y forma y hace de él otro organismo.

Abandona a la historia justiciera un nombre sin cuidarse, indiferente, de que ese nombre se eternice o muera.

El recoge la masa únicamente, y cambiando las formas y el objeto se encarga de que viva eternamente;

La tumba sólo guarda un esqueleto mas la vida en su bóveda mortuoria prosigue alimentándose en secreto.

Que al fin de esta existencia transitoria a la que tanto nuestro afán se adhiere, la materia, inmortal como la gloria, cambia de formas; pero nunca muere.

David Huerta

# La barranca de Toistona

He releído “La feria”, joya de la literatura moderna, en estos días finales de 2013. ¿Por qué? Por puro gusto, desde luego; pero además porque conseguí un ejemplar de la Serie del Volador, de la legendaria casa Joaquín Mortiz, reimpresión fiel de la primera edición, hecha en 1963. Mi ejemplar de esa primera edición quién sabe dónde quedó, en las manos pecadoras de quién. Por lo menos este librito de 1970 evoca con claridad suficiente aquella edición príncipe.

No soy bibliófilo pero sí arreoófilo; para mí, Juan José Arreola es uno de los tesoros indiscutibles de este país. Él no está ya entre nosotros, pero sus libros sí: “Arreola” no significa ahora, en el horizonte literario, el escritor zapotlanense llamado Juan José Arreola; “Arreola” significa sus libros. Entre éstos, La feria ocupa un lugar singular en mi memoria. Y no por su presencia textual o libresca: antes que otra cosa, La feria es para mí el sonido de sus palabras, pronunciadas en alta voz por Orso Arreola, en largos paseos por el

ahora llamado Centro Histórico.

Mi querido amigo Orso sabe de memoria pasajes enteros de los libros de su padre, “maestro mágico”. Orso decía en aquellos años, hace más de cuatro décadas, con voz bien modulada, páginas de “La feria”, durante esas caminatas, en las que yo lo acompañaba lleno de admiración y de fervor. En especial, esa bellísima página de evocaciones que encuentro ahora en la página 62 de este ejemplar con el diseño inconfundible de la Serie del Volador y cuatro de los asteriscos dibujados por Vicente Rojo, parte fundamental del libro. Esos dibujos de Rojo están entretejidos en el libro: éste es tan de Arreola como de Vicente Rojo y para los viejos lectores de La feria, como yo, es inconcebible esta obra sin esos asteriscos.

El pasaje de la página 62 comienza así: “Si camino paso a paso hasta el recuerdo más hondo, caigo en la húmeda barranca de Toistona...” No tengo mucha idea de la geografía de Jalisco, pero para mí esa barranca podría estar en Middle

Earth, en Nueva Zelanda o en Shangri-La. La barranca de Toistona es un lugar de la mente, un sitio del espíritu. Es un topónimo de la fantasía, ese “lugar donde llueve”, famosa cita danteana glosada maravillosamente por Italo Calvino.

La nota editorial en la cuarta de forros de La feria es ambigua: llama al libro “apocalipsis de bolsillo”, frase que no entiendo y que me parece una burla de Arreola y de su libro. Sospecho quién la escribió; si mi sospecha es acertada, sé que admira a Arreola, lo que vuelve menos comprensible la ambigüedad. Le gustó esa frase y la dejó sin mucho pensar. También habla del libro como una especie de cajón de sastre, hecho de pedacería sin orden ni concierto. Pero La feria tiene claras líneas narrativas y medallones y chistes muy bien colocados donde Arreola decidió que deberían ir. Es decir, es un libro coherente en su vivacidad poemática. Un libro genial, entrañable.